

ESPECIAL PARA NOVEDADES DE MOSCU

Jacek Pallewicz, periodista-viajero de 45 años de edad, es director de la revista *Avventura*, pero también escribe materiales para importantes periódicos italianos *Corriere della Sera* y *La Gazzeta dello Sport*. Es navegante solitario, piloto de planeador, capitán de barco y cinta negra en karate. En los últimos 20 años recorrió todo el mundo, pero jamás se alojó en hoteles confortables. Sus medios usuales de locomoción son el camello, el camión viejo, el vagón de segunda categoría y la lancha de pescadores.

Aj parecer, es el último de los periodistas que eligieron como profesión las aventuras. Los métodos de su trabajo son bastante anticuados. No le interesa describir sucesos, la política y la economía. Los temas que le atraen son mucho más sencillos, pero vivos: el hombre, su modo de vivir y el entorno. Pallewicz es más que un simple reportero, ya que no se limita a registrar los hechos, sino que los vive él mismo en primer persona para contarlos después a nosotros, revelando en el relato su entusiasmo y ansia de aventuras.

Encabezó varias expediciones al Amazonas y el Sahara, conoce bien el Asia Sudoriental. Es especialista en la supervivencia en condiciones extremas. En 1983 fundó en Europa la "Escuela de supervivencia". Es autor de muchos libros sobre viajes y aventuras.



Casi siempre la gente me pregunta: "¿Para qué?". Desea comprender para qué lo hago. También yo pienso en ello con frecuencia. Es que veo cómo viven los demás, con su jornada normal y una vida que transcurre de manera tranquila y regular, sin sobresaltos bruscos. Pero jamás les envidié. Por el contrario...

Adquiriendo experiencia y viendo situaciones que muy pocos han vivido, me sorprende frecuentemente de lo enorme que es la diferencia entre el valor real e imaginario de las cosas y situaciones, lo diferentes que son las opiniones de la gente sobre ellas. Al comprender el significado de los valores verdaderos, uno ya no puede compartir los intereses y las ambiciones de aquellos que se matan por obtener bienes excesivos.

Es que para vivir se necesita tan poco que yo, a mi vez, tengo el deseo de preguntar a los demás: "¿Para qué?". ¿Qué es lo que los obliga a hacer una u otra opción? He visto a hombres que lograban vivir en los rincones

bre el bote se elevan montañas de agua y vienen a la cabeza los pensamientos más raros: uno trata de recordar el aroma de las rosas o el crujir de los guijarros bajo los pies, y no logra hacerlo. Se experimenta una soledad total porque nadie sabe dónde no se encuentra.

"Dinos la verdad, ¿cuántas veces lamentaste haber emprendido una u otra aventura?" —me preguntan los lectores. Soy una persona de acción, y no me gusta hablar mucho. Quienes están a mi lado deben adivinar con frecuencia lo que pienso. Probablemente jamás lo haré. Debo

canela, la música exótica, algún cuadro o una visión que penetra en el alma, que se aloja en cierto rincón de la memoria, pero que poco a poco comienza a dominarme por completo. Al final me es imposible abstenerme de emprender el camino. Cuando comienzo a hablar de ello, mis amigos me dicen que soy un fantaseador y una persona poco seria. Mi esposa me mira en silencio, y luego meneas la cabeza: ella ya ha probado todos los recursos, y sabe que son inútiles. Sin embargo, cuando regreso ella espera que sea la última vez que me harte de los viajes para to-

ambiente, como la falta de ideales y de valores en que creer.

Es que la fe en el hombre es lo primero que debe inspirar todos nuestros actos. Sin embargo, nos vemos obligados a aprender a defendernos de la violencia, la agresividad y de la delincuencia. Ahora ya no es suficiente mirarle a los ojos del hombre y apretarle la mano para concertar un acuerdo: se necesita cuños, visas y papel timbrado. La palabra de honor ya no basta. Resulta que yo ando por las nubes. No obstante, cuando uno compra un camello en el desierto, esos valores sencillos todavía siguen vigentes. Cuando uno pide agua o refugio, siempre encontrará al hombre que le tenderá un cucharón de agua y dejará entrar a su tienda de campaña. Pero esas cosas se dan ahora solo entre los últimos "salvajes".

Pero a nuestras casas, que encierran tantas comodidades y riquezas, que hace falta proteger, jamás podrá entrar un descono-

mar, del cual me enamoré desde niño, cuando soñaba en los libros de Jack London, Robert Louis Stevenson y Joseph Conrad. Comencé a soñar en la primera noche que pasé fuera de casa en una tienda de campaña, la cual quedó grabada en mi memoria como una de las impresiones más brillantes.

Todo lo que experimenté y sobreviví es valioso para mí: cada golpe de viento, cada gramo de sal de mar, cada difícil paso de avance, todas las espumas y privaciones, el peso de mi mochila que me acompañaba invariablemente en todas mis aventuras.

¿Existen otros sueños escondidos en la gaveta de mi escritorio? El más acariciado es verme en este mundo aún desconocido para Occidente, infinito, rico en capacidades y en aquello que antes eran esperanzas y que hoy se convirtieron en seguridad. En esta Siberia, cuyo nombre ya se asocia con el frío y la desesperación, la soledad y el sufrimiento. Pero Siberia es también un lugar donde al hombre todavía le toca poner en acción sus fuerzas y superar pruebas. En estos espacios, donde el verano es breve, mas lleno de fuerzas, nacen más de 200 especies de flores, pero luego la nieve lo cubre todo, los ríos desaparecen bajo hielo, los abedules se parten por las heladas. El sol se pone por poco tiempo y solo alumbra sin calor. Quienes decidieron quedarse en estos parajes dicen que hay que ir conquistando esta tierra para vivir entre la naturaleza, donde todo tiene envergaduras bíblicas: la taiga, los ríos, las planicies.

Para atravesar estos espacios hay que vencer las fronteras de nuestra propia mentalidad tradicional, salir a otra dimensión, donde todo es llevado al extremo, donde el propio clima no concibe la presencia del hombre. Cada día uno se encuentra ante el dilema al cual debe encontrar una explicación convincente y seria: por qué se encuentra allí, por qué está allí donde todo es tan difícil. No basta con vivir en Siberia, si-

BUSCO AVENTURAS

Periodista italiano, que recorrió el mundo,
sueña con viajar a Siberia

nera tranquila y regular, sin sobresaltos bruscos. Pero jamás les envidié. Por el contrario...

Adquiriendo experiencia y viendo situaciones que muy pocos han vivido, me sorprende frecuentemente de lo enorme que es la diferencia entre el valor real e imaginario de las cosas y situaciones, lo diferentes que son las opiniones de la gente sobre ellas. Al comprender el significado de los valores verdaderos, uno ya no puede compartir los intereses y las ambiciones de aquellos que se matan por obtener bienes excesivos.

Es que para vivir se necesita tan poco que yo, a mi vez, tengo el deseo de preguntar a los demás: "¿Para qué?". ¿Qué es lo que los obliga a hacer una u otra opción? He visto a hombres que lograban vivir en los rincones del planeta más increíbles e inhóspitos sin tener nada. Y, por el contrario, los vi entre la fantástica riqueza de la naturaleza de las islas del Caribe, donde el hombre no necesita nada, salvo un cobertizo: cuando tiene hambre, él sale en su bote a pescar, o trepa un árbol para arrancar frutas impregnadas de sol.

Procuró ver todo eso con mis propios ojos. No me bastan los relatos de otras personas. Yo mismo debo impregnarme de todos los sonidos, olores y sabores para reproducirlos luego en mi cuento.

Pero la curiosidad y el deseo de conocer a otras personas no es lo único que me impulsa. También quiero probar mis fuerzas, quiero saber (incluso "muriéndome" de miedo) cuánto puedo resistir, qué puedo exigir de mí mismo, de mis fuerzas y voluntad, la cual, quisiera, debe vencer cualquier dificultad. No me equivoco al decir "miedo". Es que algunos quieren pasar por "superman" y afirman que jamás lo han experimentado. Creo que quienes lo dicen son mentirosos o idiotas. Es que el miedo es la primera reacción a la amenaza que obliga a uno a apreciarla debidamente y enfrentarla con valentía que es la respuesta racional a tal estado del ánimo.

Ahora, en cuanto a la soledad. Es verdad que uno puede sentirse solo hasta rodeado de gente. Pero, probablemente, la máxima soledad es cuando uno está en medio del océano, cuando so-

bre el bote se elevan montañas de agua y vienen a la cabeza los pensamientos más raros: uno trata de recordar el aroma de las rosas o el crujir de los guijarros bajo los pies, y no logra hacerlo. Se experimenta una soledad total porque nadie sabe dónde no se encuentra.

"Dinos la verdad, ¿cuántas veces lamentaste haber emprendido una u otra aventura?" —me preguntan los lectores. Soy una persona de acción y no me gusta hablar mucho. Quienes están a mi lado deben adivinar con frecuencia lo que pienso. Probablemente, jamás lo haya dicho en voz alta, pero en ninguna ocasión lamenté haber comenzado una empresa y jamás me detuve en la mitad de camino. Siempre fui yo mismo la apuesta en el juego. Es que hay una cosa de la cual estoy completamente convencido: en la vida uno tiene que pagar por todo lo que hace. No puede haber concesiones ni golpes de suerte. Por ello es tan importante para mí llevar a cabo todo lo que hago.

Tanto mi trabajo en las minas de oro africanas, como mi servicio en barcos mercantes que navegaban por rutas olvidadas, contribuyeron a que me formara tal como soy: siempre curioso y concentrado. Experimento una sensación permanente de aprender, conocer y ver. Cuando atravesaba la isla Borneo, recorrí 2.500 kilómetros de junglas, ríos y montañas, donde jamás se habían internado europeos. Allí estudié con curiosidad y respeto la vida de los descendientes de los cazadores de cabezas, admiré su manera de vivir en una simbiosis con la jungla, que les permitía sobrevivir en uno de los rincones más inhóspitos del planeta. También los indios de Amazonia viven en plena concordancia con la naturaleza. Este acuerdo solo lo viola el hombre blanco, que se comporta como un verdadero salvaje en tierras que jamás ha tenido derecho pisar.

Ni siquiera me doy cuenta del momento en que comienzo a pensar en un viaje nuevo. Puede que lo provoqué el olor a

Periodista italiano, que recorrió el mundo, sueña con viajar a Siberia

canela, la música exótica, algún cuadro o una visión que penetra en el alma, que se aloja en cierto rincón de la memoria, pero que poco a poco comienza a dominarme por completo. Al final me es imposible abstenerme de emprender el camino. Cuando comencé a hablar de ello, mis amigos me dicen que soy un fantaseador y una persona poco seria. Mi esposa me mira en silencio, y luego meneó la cabeza: ella ya ha probado todos los recursos, y sabe que son inútiles. Sin embargo, cuando regreso ella espera que sea la última vez, que me harte de los viajes para toda la vida. "¿Estás satisfecho?" —me pregunta ella y hasta detiene la respiración en espera de mi respuesta. Si —le contesto—, pero sabes, me han dicho que existe una montaña... O un río... O un árbol... "Pero es muy difícil" —trata de disuadirme ella. Exactamente, le respondo. Es que las dificultades no me detienen, sino, por el contrario, son precisamente uno de los factores que me impulsan a seguir adelante, me obligan a lanzar el reto a las condiciones que muchos considerarían extremas.

¿Qué condiciones son esas? Bueno, las opiniones son bastante subjetivas. Algunos pueden no soportarlos, pero otros establecen su límite de resistencia todavía más allá. Lo que digo es que ninguna situación, por más complicada que fuera, me ha impedido alcanzar lo planeado. Cuando después de exprimirme todo el sudor, logro, por fin el objetivo, mi horizonte se hace todavía más amplio. Sin embargo, en lo más profundo de mi alma siento que la satisfacción se mezcla con cierta amargura, que apenas se nota, como la amargura de la almendra. Procuró librarme de ella, pero ella vuelve. Veo los ojos de mis hijos, y sé que emprendo el viaje también por ellos, ya que podrán ver lo que yo veo solo en museos y libros. Entonces pienso encolerizado: es injusto que el consumismo haya alcanzado un nivel inadmisible, al igual que la contaminación del medio

cido, pues puede resultar peligroso. Pensando en los valores que desaparecen y que volví a descubrir para mí mismo, decidí fundar la escuela de supervivencia en condiciones extremas para enseñar esos valores. En esta escuela estudian personas de todas las edades, de la más diversa posición social. Durante una semana esa gente vive en estrecho contacto con la naturaleza; aprenden a orientarse en el bosque, a conseguir agua, a emitir señales de socorro, y lo esencial, aprenden a utilizar sus reservas internas, la fuerza de voluntad, aprenden a no darse por vencidos en cualquier circunstancia, a conservar la seguridad en sí mismos, que tanto se necesita en nuestra vida cotidiana. También cuando no se divisa solución posible alguna, es necesario continuar luchando y buscar esa solución.

La jungla de la ciudad puede ser todavía más peligrosa que la jungla de Amazonia, por ello son importantes los nuevos conocimientos que enseñan a actuar en casos de catástrofes nucleares o químicas, de contaminación del medio ambiente, de terremotos, inundaciones y asaltos. También hay que aprender a defenderse del ruido excesivo, del smog, a actuar en casos de incendios sin dejarse llevar por el pánico, sin perder la razón y el dominio de sí mismo.

Las clases prácticas son completadas por las teóricas, basadas en mis libros. "Esta escuela enseña a vivir" —dice entusiasmado uno de los discípulos, que volvió a ingresar en la escuela para repetir todo el curso. Otro añade: "No sabía que era capaz de hacerlo. Ahora me siento seguro y dispuesto a todo".

El objetivo que planteo en esta escuela tanto para mí, como para los demás maestros, es la máxima atención para que la aventura jamás termine en una desgracia. Cada persona debe saber estimar debidamente las fuerzas propias, aprender a moverse en las montañas, a asegurarse con un nudo fuerte, a comportarse correctamente en el

abedules se parten por las heladas. El sol se pone por poco tiempo y solo alumbra sin calor. Quienes decidieron quedarse en estos parajes dicen que hay que ir conquistando esta tierra para vivir entre la naturaleza, donde todo tiene envergaduras bíblicas: la taiga, los ríos, las planicies.

Para atravesar estos espacios hay que vencer las fronteras de nuestra propia mentalidad tradicional, salir a otra dimensión, donde todo es llevado al extremo, donde el propio clima no concibe la presencia del hombre. Cada día uno se encuentra ante el dilema al cual debe encontrar una explicación convincente y seria: por qué se encuentra allí, por qué está allí donde todo es tan difícil. No basta con vivir en Siberia, sino hay que amarla, ofreciéndole todo lo que ella pide (y es mucho), pero absorbiendo todo lo que ofrece, y ofrece mucho más.

Si logro hacer realidad este sueño, lo viviré tres veces, al igual que cada aventura mía: la primera es cuando lo planeo; la segunda, cuando lo materializo, y la tercera, cuando de regreso miro las fotos cómodamente en una butaca, y el trayecto recorrido me parece increíble incluso para mí. ¿Cómo logré superar aquel trecho! ¿Qué difícil era aquel paso! Allí estuve sumergido hasta la cintura en el fango, el pantano... En aquel lugar por poco pierdo equilibrio para desplomarme sobre las piedras... Pero viajando, no solo experimenté miedo, sino descubrí algo nuevo en mí mismo, conseguí salvarme con mis propias fuerzas, vi un nuevo horizonte, conocí mi tope, establecí contacto con personas que no eran mejor ni peor que yo, sino que eran distintas que yo. Sufri hambre y sed, calor y frío. Pero viví y no lo lamentó.

Jacek PALKIEWICZ